

Albert Soboul:

Protagonistas y testigos de la Revolución Francesa

María Ruipérez
y
Manuel Pérez Ledesma

Desde hace veinte años, todo estudio de la Revolución Francesa tiene que referirse inevitablemente a las obras de Albert Soboul.

Y no sólo a su libro de síntesis del período (Précis d'histoire de la Révolution française), publicado en 1962, sino también a sus investigaciones sobre diversos aspectos del proceso revolucionario, en especial sobre la participación popular en el mismo. Desde la tesis presentada en la Sorbona sobre Les sans-culottes parisiens en l'an II, hasta su último libro, Problèmes paysans de la révolution, 1789-1848, Albert Soboul, siguiendo el consejo de su maestro, Georges Lefebvre, ha dedicado especial atención a la «historia vista desde abajo», por los participantes anónimos o escasamente conocidos, y muchas veces despreciados u olvidados, en el proceso revolucionario. Al lado de estas investigaciones, Soboul —profesor de Historia de la Revolución Francesa en la Sorbona desde la muerte de G. Lefebvre— ha dedicado numerosos trabajos a la defensa de las concepciones de lo que él mismo llama «historiografía social clásica de la Revolución Francesa» —representada por Jaurès o por Lefebvre, y cuyo parentesco con el análisis histórico de carácter marxista es evidente—, frente a las corrientes revisionistas o críticas de esta tradición. Sobre estos dos grandes temas —las nuevas interpretaciones de la Revolución y su contraste con la línea historiográfica en que el mismo Soboul se inserta, y el papel de las masas populares en el proceso revolucionario— versó la larga conversación que con él sostuvimos el verano pasado en París.



Recuerdos revolucionarios de la sección del «Bonnet Rouge». (Paris. Museo Carnavalet).



SECTION ARMÉE DE LA FAYENCE
SECTION DE LA LOI
Le 17
FABOT, Directeur

SECTION ARMÉE BONNET ROUGE
COMPAGNIE N° 1
DE LA LOI
Le 17
FABOT, Directeur

COUPLETS
DÉDIÉS À LA NATION

Par M. D'Épail

Sur l'air de la marche de la Nation

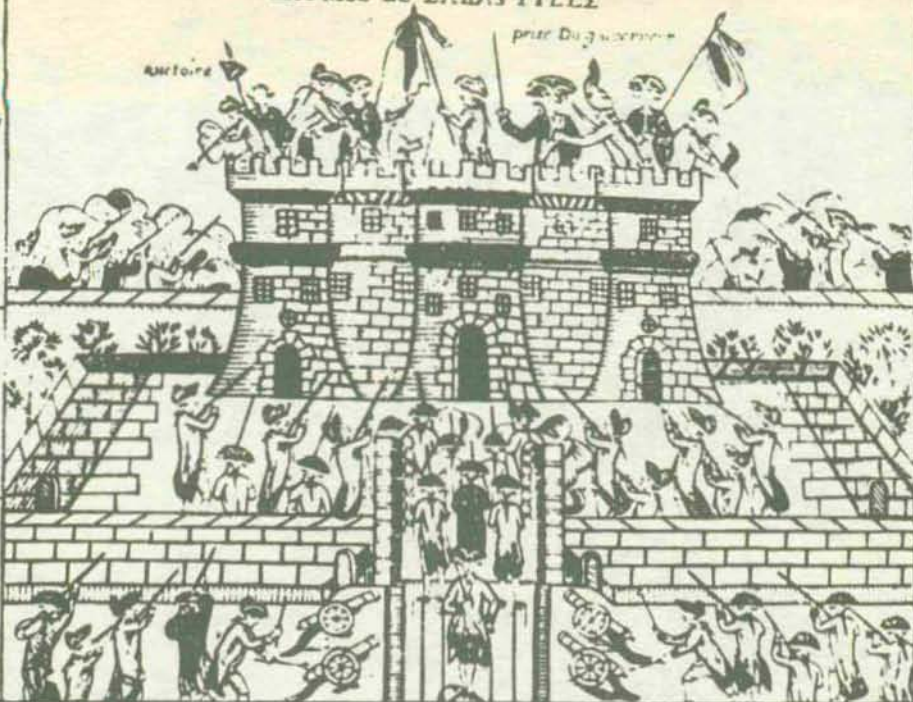
Que les gardes françaises,
Et de tout le peuple
Mènent les Français
En un lieu sûr,
Et qu'ils y restent
Jusqu'à ce que
Le peuple ait fait
Ses vœux connus.

Du haut des murs de la Bastille,
On voit les Français
Qui sont allés
Pour enlever
Les canons de la Bastille,
Et qui sont allés
Pour enlever
Les canons de la Bastille.

O jour mémorable
Où nous avons vu,
Sans un mot de peur,
Les Français aller
Pour enlever
Les canons de la Bastille,
Et qui sont allés
Pour enlever
Les canons de la Bastille.

LA PRISE DE LA BASTILLE

par Duquesnoy



Une troupe de soldats
Revenant de la Bastille
Et de son drapeau
Au haut de son étendard
Contre ces éternels
Qui font la république
Qu'ils ont appliqué

Où nous les avons
Qu'ils ont allés
Pour enlever
Les canons de la Bastille,
Et qui sont allés
Pour enlever
Les canons de la Bastille.

Cette affaire habile
N'est que de papier
D'après ce que nous
Savons fait aller
Fait, nous en avons
Fait, nous en avons
Fait, nous en avons
Fait, nous en avons

FIN

ARLEANS
CHEZ
LE TOURNI

RECIT MEMORABLE DU SIEGE DE LA BASTILLE,

ARRIVE LE QUATORZE JUILLET L'AN DE LA LIBERTÉ MIL SEPT CENT QUATRE-VINGT-NEUF.

Deux le matin en du aux deux grenadiers du régiment de gardes françaises, c'est à eux que nous devons l'heureux événement du 14 juillet, instruits de la nécessité de prendre la Bastille, ils crurent en foule accompagnés d'un grand nombre de citoyens patriotes; après une première décharge de canons de de suite, le gouverneur leur donna des paroles de paix, de leur offrir cinq cents d'écus sur des caisses, il fait tirer le canon de égaré ainsi de sang froid une foule d'honnêtes gens; cette abominable trahison qui eût pu porter le désespoir et la crainte dans les esprits, redoubla le

courage du patriotisme et de l'honneur, et en moins de deux heures elle est de nouveau arrachée, prise d'assaut. Le sieur Harne grenadier des gardes et les sieurs Harbert et Hulleu se sont immortalisés en montant à l'assaut et sautant le gouverneur au milieu des sabres; la tête du gouverneur a été portée en triomphe par tout la ville, et a été exposée pendant plusieurs jours; telle a été la fin tragique, d'un régime étonnant nos descendants.

La toma de la Bastilla (el 14 de julio de 1789), en una imagen de Epinal. (Paris, col. privada).

Tiempo de Historia.—Como todos los procesos históricos de primera importancia, la Revolución Francesa ha suscitado un gran número de interpretaciones divergentes, y ha dado origen a diversas polémicas entre las distintas visiones de la misma. Ya en el siglo XIX, mientras muchos historiadores la consideraban como «una revolución de la miseria», otros la definían como «una revolución de la abundancia». ¿A qué se debía, y cómo apareció esta primera disparidad de opiniones?

A. Soboul.—El problema de la naturaleza de la Revolución Francesa se planteó desde los primeros estudios históricos sobre la misma, en la época de la Restauración de 1815-30; pienso, por ejemplo, en las obras de Thiers o de Mignet de comienzos de la década de 1820. En este momento, en la época de los gobiernos ultras y de la oposición liberal, Thiers y Mignet, hombres de la burguesía liberal consideraban a la revolución como un movimiento del Tercer Estado, en especial de su capa superior, la burguesía. Era, por tanto, una revolución liberal, cuyo estudio se concebía como un arma de combate contra la reacción ultra. Después de 1830 se produjo un cambio general de perspectivas, debido al cambio en las condiciones de la época y a la aparición de una nueva generación de intelectuales, cuyo principal representante en el terreno de la historia fue Michelet. Para Mi-

chelet, el gran actor de la Revolución no fue el Tercer Estado en sí, sino el pueblo; el Pueblo, con mayúsculas, al que Michelet no se molestó en definir con precisión. La causa esencial de la revolución se encontraba para él en las condiciones materiales de vida de las masas populares, por lo que Michelet la definió como «la revolución de la miseria». Y esta visión ha dominado en gran medida en la historiografía francesa hasta fines del siglo XIX, aunque el análisis avanzó más gracias a la obra de Tocqueville, **El Antiguo Régimen y la Revolución**. Tocqueville insistió sobre todo en la situación de los campesinos, y en los dos grandes problemas con que se enfrentaban los campesinos: el problema de la adquisición de tierras, el problema de la tierra, es decir, la necesidad de una reforma agraria; y aún más importante, el problema de la feudalidad, de los derechos feudales. En una página clásica de su libro, Tocqueville insiste en el peso de estos derechos feudales y en todo el odio que se había amasado entre los campesinos en contra del sistema.

Toda esta visión de una revolución de la miseria fue trastocada por Jean Jaurès, que a comienzos de siglo, en 1901, empezó a publicar su **Historia socialista de la Revolución Francesa**. Se discutió mucho en aquel momento el significado del calificativo «socialista» incluido en el título del libro. Para

Jaurès era una historia socialista porque se dirigía, en primer lugar, a las masas populares, y además porque la Revolución Francesa era el comienzo de un proceso que debía conducir necesariamente a la sociedad socialista; la revolución burguesa era sólo una etapa en este proceso inevitable. Pero lo que nos interesa ahora es el cambio de perspectiva que supone la obra de Jaurès frente a Michelet. Para Jaurès, la revolución era el resultado de la prosperidad, de la riqueza, esencialmente de la prosperidad burguesa. A lo largo del siglo XVIII las capas burguesas habían alcanzado un alto nivel intelectual a través del desarrollo de la filosofía de las luces; y todo este desarrollo estaba en contradicción con las estructuras aristocráticas, que privilegiaban el nacimiento y no la fortuna, que privilegiaban el ocio frente a la actividad productiva. Había entonces una perfecta contradicción entre las estructuras institucionales del Antiguo Régimen y la realidad francesa, y la revolución de 1789 fue la consecuencia de esta contradicción.

UN CONFLICTO DE CLASES

T. de H.—Pese a ello, existían también muchos rasgos comunes en la interpretación de estos historiadores clásicos del proceso revolucionario...

A. S.—Por supuesto. Desde los primeros estudios sobre la Revolución Francesa, desde Thiers y Mignet, se ha definido a la revolución como un conflicto de clases. Baste recordar que, en una carta célebre, Marx atribuye la paternidad de la teoría de la lucha de clases a estos historiadores, en concreto a Augustin Thierry, un historiador del grupo de Guizot, Thiers y Mignet. Este es el tema central para Thiers, como para Tocqueville o para Taine, aunque este último dedique su obra a denigrar a las clases populares; y es, por supuesto, el tema central para Jaurès. El otro tema sobre el que insisten estos historiadores es el tema de la necesidad histórica: a partir de un cierto número de datos, de factores, los acontecimientos de la revolución se desarrollaron de forma totalmente necesaria, sin posibilidad de cambio. La revolución liberal de 1789, el compromiso que la burguesía intentó llevar a cabo con la aristocracia, basado en el terreno político en una monarquía constitucional y en el terreno económico en el rescate de los derechos feudales, y no en su abolición pura y simple, fracasó. Y fracasó, por una parte, por la negativa de la aristocracia a abandonar sus privilegios, y por otra por la negativa de los cam-

pesinos a aceptar el sistema de rescate de los derechos feudales, sistema que no mejoraba su condición, como se demostró más tarde en las zonas europeas dominadas por Napoleón en las que se intentó aplicar esta fórmula (por ejemplo, en el sur de Italia o en el Ducado de Varsovia), sin ninguna ventaja para los campesinos. Sobre la base de esa doble negativa —negativa de la aristocracia a todo compromiso político y social, negativa de los campesinos al rescate de los derechos feudales— la revolución continuó. Tenemos la costumbre de insistir en la importancia de las masas populares urbanas; pero creo que sería necesario alterar la perspectiva y escribir una historia de la Revolución Francesa, al menos desde el verano de 1789 hasta el verano de 1792 o la primavera de 1793, desde la óptica de las masas campesinas. Son las revueltas campesinas las que empujaron a la Revolución Francesa hacia adelante. Ahora bien, a partir de esta doble negativa todo se encadenó de una manera necesaria: la negativa de la aristocracia a todo compromiso trajo consigo la emigración, y por consiguiente la contra-revolución, la declaración de guerra, y frente a la guerra, el establecimiento de una dictadura revolucionaria.



Grabado que representa al rey Luis XVI, tocado con el gorro frigio revolucionario y brindando por la nación. (Biblioteca Nacional de París).

Hay entonces una necesidad histórica que determina todo el proceso.

Si insisto sobre estas dos características —la Revolución Francesa como uno de los episodios más agudos y dramáticos de la lucha de clases, y la necesidad histórica que rige su desarrollo— es porque estos dos aspectos caracterizan a lo que yo llamo «historiografía social clásica de la Revolución Francesa», que va desde Thiers y Mignet, y desde Tocqueville y Michelet, hasta Jaurès, y tras él los historiadores universitarios —evidentemente con matices diferenciales en cada uno de ellos—, como Aulard, Mathiez y sobre todo Georges Lefebvre, que ha insistido mucho en sus estudios en el papel del campesinado en la revolución.

LOS HISTORIADORES REVISIONISTAS

T. de H.—Pero frente a esta interpretación, en las últimas décadas han aparecido varias corrientes discrepantes. Para empezar, la línea de Palmer y Godechot, que consideraba a la Revolución Francesa como un elemento de una «revolución atlántica» más amplia...

A. S.—En efecto, a partir de la década de 1950, han aparecido varios trabajos de historiadores anglosajones y franceses, a los que yo llamaría «historiadores revisionistas». Es evidente que la historia no es inocente, y que los historiadores tampoco son inocentes: quiero decir con esto que los historiadores

viven en su siglo, en su época, y escriben la historia en función de sus convicciones. En este sentido la corriente revisionista se desencadenó en los años de la «guerra fría», y apareció como una tentativa de los historiadores anglosajones, apoyados por algunos franceses, por rechazar de la historia de la revolución francesa, y de la historia en general, toda explicación basada en los conflictos sociales, en la lucha de clases. Dicho de otra forma, su tentativa se inscribe en un contexto ideológico y político muy preciso, en el que se trataba de oponer la revolución del mundo occidental, calificada como liberal, a la revolución del mundo oriental, y en especial a la Revolución Rusa. Creo que hay que insistir mucho en el contexto histórico y político si se quiere comprender este intento, que comenzó en 1954 con un artículo del historiador Palmer, en el que señalaba el carácter «atlántico» y occidental de la Revolución Francesa. Para Palmer, a fines del siglo XVIII se produce un ciclo de revoluciones atlánticas, las más importantes de las cuales son la Revolución Americana y la Francesa, junto a las que aparecen tentativas revolucionarias en otros países, como Irlanda o Suiza. Todas ellas se producen en un contexto atlántico u occidental caracterizado por el liberalismo. Esta tesis niega los caracteres sociales de la Revolución Francesa, insistiendo fundamentalmente en sus caracteres geográficos, y niega también los aspectos peculiares, franceses, nacionales, de la Revo-



La jornada del 20 de junio de 1792. (Paris, Museo Carnavalet).



Danton, Marat y Robespierre. (Versalles, col. Lambinet).

lución Francesa, integrándola en el contexto más general de Occidente. Debo decir que este intento ha tenido un escaso éxito en Francia: aunque J. Godechot aceptó inicialmente la tesis de Palmer, en especial en su libro sobre **La Grande Nation**, rápidamente abandonó esta concepción, que no ha tenido ningún éxito en Francia.

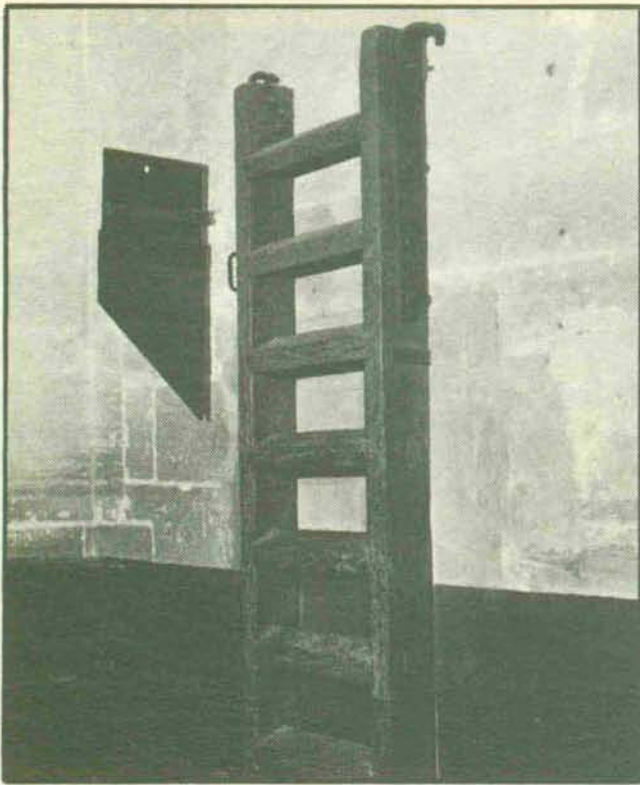
T. de H.—*Ahora bien, al lado de Palmer aparecieron también en los años 50 otras críticas a la concepción clásica de la Revolución Francesa; por ejemplo, la crítica de Cobban. ¿Qué opina usted de ella?*

A. S.—Podríamos definirla como una segunda tentativa revisionista, más ambiciosa que la anterior. Su origen está también en 1954, el mismo año en que Palmer publicaba su libro, pero no tuvo ninguna relación con él. En este año Alfred Cobban pronunció una conferencia sobre **El mito de la Revolución Francesa**. No intentaba decir que la Revolución Francesa no hubiera existido, sino que la interpretación que los historiadores franceses de la escuela clásica daban de ella era falsa. Cobban, a mi juicio un sofista, esgrimía dos series de argumentos contra la interpretación clásica. Por un lado, la interpretación clásica definía a la revolución como antifeudal, cuando en 1789 ya no había feudalismo en Francia. Por otro, la caracterizaba como burguesa y capitalista; pero si se analizan las capas sociales que intervinieron en la revolución, no se las puede definir

—dice Cobban— como «burguesas», en el sentido preciso del término, es decir, en el sentido de empresarios, de gente que dirige la banca, el comercio o la industria, y es evidente que el capitalismo todavía no estaba establecido en Francia.

T. de H.—*¿No es demasiado duro el calificativo de sofista?*

A. S.—He dicho que Cobban es un sofista, porque me parece que juega con las palabras. Es evidente que el feudalismo de 1789 no era el feudalismo medieval clásico; de todas formas, las imposiciones feudales, uno de los aspectos fundamentales del feudalismo, existían de forma muy clara y que se puede medir, aunque variaban mucho de una región a otra, e incluso dentro de una región, o dentro de un señorío. Si no hubieran existido los señoríos y las imposiciones feudales no se comprenderían las revueltas agrarias de 1789, que son esencialmente antiseñoriales, antifeudales, que se plasman en «la guerra contra los castillos». Pienso simplemente que cuando se define el feudalismo habría que hablar de «feudalismo de Antiguo Régimen»; no se trata del feudalismo medieval, basado en el vasallaje, en las relaciones de hombre a hombre, sino del feudalismo en el sentido económico del término, basado en las exacciones por el propietario feudal, por el señor, sobre el trabajo del campesino, en forma de corveas, o sobre la riqueza del campesino, en forma de derechos en metá-



Cuchilla de guillotina y escalera para subir al cadalso, conservadas en la Conserjería de París.

lico o de exacciones sobre la cosecha. Estas exacciones son una realidad que hemos podido medir en diversas regiones de Francia, aunque este tipo de estudios han sido desdeñados normalmente porque exigen una investigación muy precisa y cálculos extremadamente largos. En cuanto al segundo argumento, según el cual no se trata de una revolución burguesa, es un argumento especioso. Es cierto que no han sido las capas burguesas, en el sentido más estricto del término, las que han dirigido la revolución, sino gentes de profesiones liberales; pero esto no es obstáculo para que pudieran asumir los ideales burgueses. No es necesario ser un burgués, en el sentido más estrecho del término, para asumir los valores burgueses. (Lenin no era un trabajador manual, no era un obrero).

T. de H.—*¿Se puede seguir afirmando, por tanto, y pese a las críticas de Cobban, que la Revolución francesa fue una revolución burguesa?*

A. S.—A mi juicio, no se puede negar el carácter burgués y capitalista de la revolución por dos razones fundamentales. Por un lado, la revolución acabó con toda la legislación del Antiguo Régimen que impedía el libre desarrollo de las actividades productivas, con todas las reglamentaciones que todavía en 1789 regulaban la producción, en el cuadro del mercantilismo y del colbertismo, con

las corporaciones o con las aduanas interiores que impedían el establecimiento del mercado nacional, y permitió el desarrollo de unas nuevas relaciones de producción. Por otra parte, en el seno de las Asambleas Nacionales, que no estaban compuestas en su mayoría por capitalistas, había de todas formas una minoría extremadamente consciente de las necesidades económicas: pensemos, por ejemplo, en Dupont de Nemours, diputado en la Asamblea Constituyente, que emigró a los Estados Unidos y es el fundador de la célebre multinacional actual. Fuera de la Asamblea Constituyente, existían también grupos de presión, muy activos, que han influido en la Asamblea en el sentido de los intereses capitalistas: existía el grupo de presión de los representantes de los puertos comerciales atlánticos y mediterráneos, es decir, de los grandes intereses marítimos y coloniales, y junto a él lo que se llama el «Club Massiac», un grupo formado por los representantes de los grandes plantadores coloniales de Santo Domingo, como Lameth, que fue diputado en la Constituyente; y estos dos grupos de presión obligaron a la Constituyente, por ejemplo, a no reconocer los derechos políticos a los hombres libres de color, a los mulatos libres, que quedaron fuera de la ciudadanía (lo que provocó la revuelta de Haití y, finalmente, la pérdida de este territorio).

T. de H.—*Probablemente en España se conocen más las ideas de François Furet y Denis Richet, sobre todo tras la publicación en castellano del último libro de Furet, titulado precisamente **Pensar la Revolución Francesa**. En ese libro se recoge además una intervención de Furet en la famosa polémica que surgió en Francia en los años 60, a raíz de la aparición de **La Revolution française**, escrita por ambos. ¿Cuál es su juicio de esta nueva línea interpretativa, que parece haber tenido un gran éxito en Francia en los últimos años?*

A. S.—Inicialmente, debo decir que Furet y Richet son dos ensayistas, más que dos historiadores en el sentido estricto de este término. Quiero decir que, sea cual sea su penetración y su sentido de la historia, no han hecho investigaciones sobre el período, por lo que sus puntos de vista no se basan en trabajos previos; son más bien reflexiones sobre la Revolución Francesa, e incluso de forma más precisa, sobre los historiadores de la Revolución Francesa. Furet y Richet han retomado y perfeccionado las consideraciones de Cobban (no las de Palmer) que niegan el carácter de clase de la revolución. Toman de los histo-

riadores de la Restauración, de Thiers y de Mignet, la idea de una doble revolución: la de 1789, burguesa y liberal, y la de 1793, popular y dictatorial. Pero para Thiers y Mignet, entre estas dos revoluciones había una relación de necesidad histórica, como antes he dicho. En cambio, Furet y Richet niegan ese carácter necesario: no hay una relación lógica y necesaria entre una y otra revolución, sino sólo azar y contingencia. Ellos insisten, a continuación, en la primera revolución en cuanto revolución liberal, caracterizada por la alianza entre la aristocracia y las capas superiores del Tercer Estado, es decir, la burguesía; en suma, una revolución de las élites (un tema que ha estado muy de moda en los años 60 y a comienzos de los 70) que fracasó como consecuencia de la incapacidad de arbitraje del rey, de Luis XVI.

T. de H.—¿Cómo valora usted estos análisis?

A. S.—Si se examina esta primera serie de temas desarrollados por Furet y Richet, se puede decir que es cierto que hubo una convergencia en la segunda mitad del siglo XVIII entre una élite aristocrática ilustrada y una élite burguesa ilustrada. Pero quiero señalar dos cosas. En primer lugar, que **las luces** no han tenido una función unificadora; una ideología no tiene necesariamente funciones unificadoras, como se puede demostrar pensando en el marxismo y en las múltiples tendencias a que ha dado lugar. **Las luces** fueron utilizadas por unas u otras categorías sociales con unos u otros fines. Baste recordar el estudio de Althusser sobre Montesquieu, en el que Althusser explica cómo ha sido utilizado Montesquieu por unos y otros, por la reacción aristocrática, por la reacción parlamentaria (que no se puede identificar con la anterior), por la Asamblea Constituyente en 1789; y puedo recordar que, para Marat, el hombre más importante del siglo no fue Rousseau ni Voltaire, sino Montesquieu. Por otro lado, no ha existido una élite unificada en el siglo XVIII; existieron élites, sin duda con puntos de convergencia, pero separadas por la barrera del privilegio, que la élite aristocrática nunca quiso abandonar. En cuanto a la capacidad de arbitraje del rey, era extraordinariamente limitada; no hay más que ver las dificultades con que tropezaron todos los intentos de reforma desde 1760, desde las reformas de Turgot hasta las de Lomménie de Brienne en vísperas de la Revolución. Además, aunque **yo creo que estamos confundidos** en cuanto al carácter de Luis XVI—que no era tan estúpido como se suele decir, que no era un



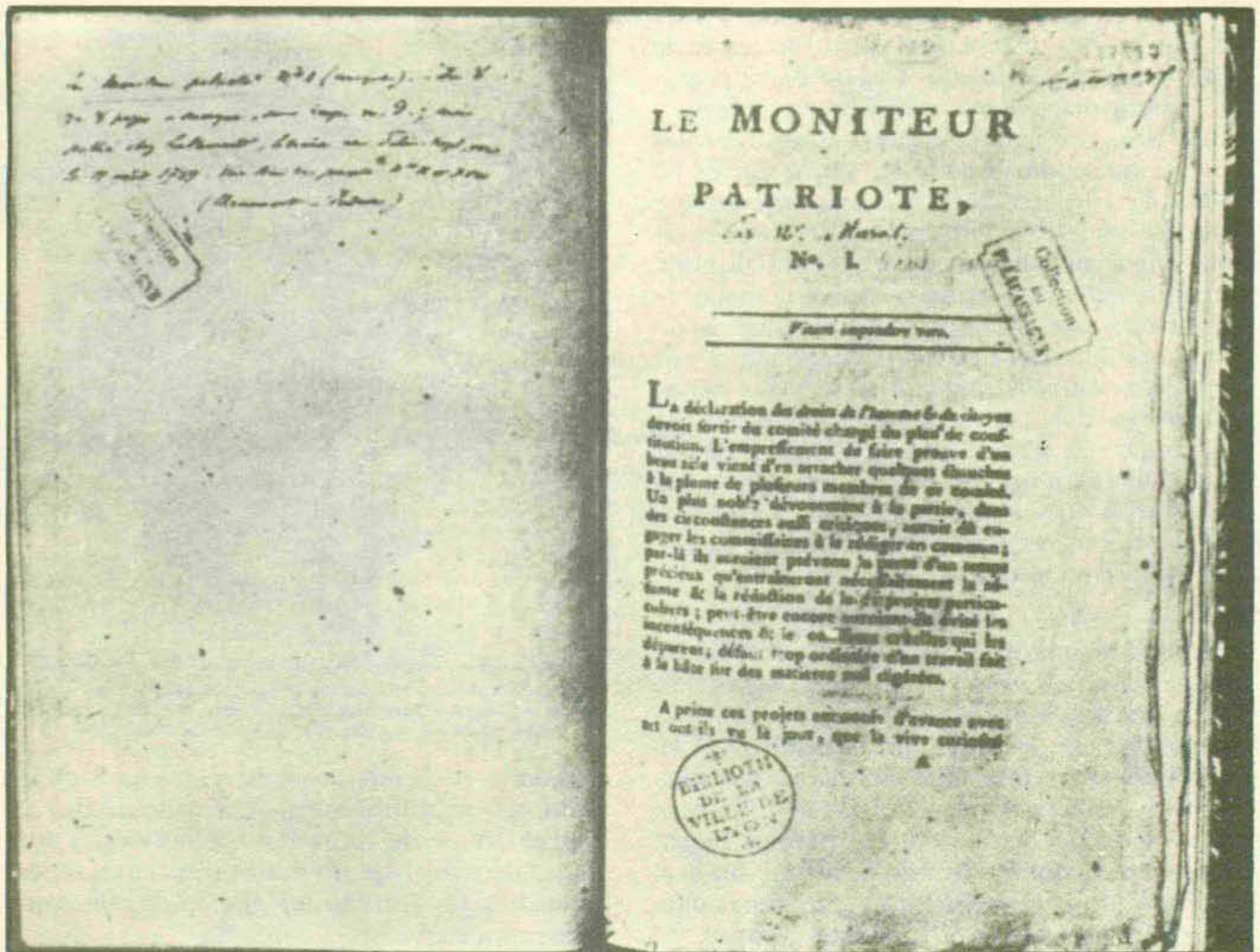
La ejecución de Luis XVI: «qu'un sang impur abreuve nos sillons» (que una sangre impura riegue nuestros surcos, de La Marseillaise). Estampa popular. (París, Biblioteca Nacional).

imbécil—, lo cierto es que se trataba de un monarca profundamente convencido del carácter divino de su poder, y por eso su capacidad de arbitraje no podía llevarle a tomar partido a favor de la burguesía en contra de la aristocracia (de la misma forma que la capacidad de arbitraje del presidente actual de la República francesa no puede ir más allá de los fundamentos del orden social actual).

En resumen, para Furet y Richet se produce una revolución liberal, de las élites, que fracasa por la incapacidad de arbitraje del rey, y conduce finalmente en 1792 a la entrada de las masas populares en la escena política y al establecimiento de una dictadura jacobina.

T. de H.—Otro de los aspectos más criticados del análisis de Furet y Richet es el relativo al papel de las masas populares, y en general al sentido y características del período jacobino. ¿En qué se basan estas críticas?

A. S.—Al analizar la dictadura jacobina y sus relaciones con el período anterior, ambos autores introducen la noción de «dérápaje» (derrape, patinado de las ruedas de un automóvil); es decir, abandonan la idea de una relación necesaria entre la revolución liberal de 1789 y la revolución popular de 1793, para introducir la contingencia y el azar. Me parece que esta actitud significa, en primer lugar, abdicar, negar el papel del historiador, puesto que el historiador debe buscar las causas que explican los acontecimientos, debe intentar explicarlos, y una explicación



El único número publicado del periódico «Le Moniteur patriote» de Marat, 11 de agosto de 1789. (Biblioteca de Lyon).

por el azar me parece que es la negación de los objetivos del historiador. Por otro lado, la idea del «déravage» se basa en una concepción somera y arbitraria de lo que eran las masas populares al final del Antiguo Régimen, y de lo que son en general las masas populares. Según estos autores, las masas populares no se habrían movido más que a partir de fantasmas: el complot aristocrático, por ejemplo. Yo no niego que el «complot aristocrático» fuera un mito; pero lo cierto es que hubo complots. O el fantasma del ardor guerrero de los franceses, cuando de hecho las masas populares no quisieron la guerra: la guerra la querían la monarquía y los aristócratas, por un lado, y los girondinos, por otro. En cambio, no hablan en absoluto de las motivaciones económicas y sociales de las masas populares: del problema de la tierra y del feudalismo para las masas campesinas, o de los problemas de la vida cotidiana —el problema del pan, de la carestía y del hambre— para las masas urbanas. Dicho de otra forma, no se buscan las motivaciones de las masas populares en la realidad social, en los conflictos sociales, sino en el terreno de la

ideología. Pienso que esto no es un progreso, sino un retroceso en la explicación histórica.

LAS MASAS CAMPESINAS Y LA REVOLUCION

T. de H.—Precisamente nos interesaría hablar ahora del papel de las clases populares en el proceso revolucionario. ¿En qué medida influyeron en el desarrollo global de la revolución?

A. S.—En principio, y aunque sea una generalidad, conviene decir que sin las masas populares, la revolución no habría sido lo que fue. La intensidad de las luchas sociales y de los conflictos de clase, desde 1789 a 1794, o incluso hasta la primavera de 1795, cuando se producen las últimas insurrecciones populares (las de Germinal y Pradial del año III), su dramatismo y agudeza se deben a la intervención de las masas populares. Es evidente que si las luchas políticas de 1789 se hubieran limitado a la burguesía y a la aristocracia, la revolución habría seguido un camino totalmente distinto. Por ello, es en la situación económica y social de las masas populares, urbanas y campesinas, en el Antiguo Régimen, donde hay que buscar el ori-

gen de los conflictos sociales que se producen desde 1789 a 1795.

T. de H.—*Más en concreto, ¿cuál fue el papel de las masas campesinas, estudiadas por Lefebvre y también por usted en su último libro, Problemas campesinos de la revolución?*

A. S.—Cuando se habla de las masas populares en el proceso revolucionario, creo que hay una tendencia excesiva a examinar únicamente las masas urbanas, y esencialmente las masas parisinas, y olvidar al campesinado. Y esta actitud no es justa. En 1789 se produjeron movimientos de ambos sectores: hay insurrecciones campesinas en marzo, mientras la primera insurrección parisina se produce en julio. Se habla siempre del 14 de julio, pero el movimiento comienza antes, los días 10 y 12 de julio, con la quema de las oficinas de consumos, en las que había que pagar derechos para la entrada de productos en París, cosa que evidentemente provocaba el encarecimiento de los bienes de primera necesidad en el interior de la ciudad. Esta insurrección culmina el día 14, con la toma de la Bastilla, y se reproduce a comienzos de octubre, los días 5 y 6 de octubre, con la marcha sobre Versalles. Normalmente se alude también al movimiento campesino de la «Grande Peur», de la segunda mitad de julio y los primeros días de agosto de 1789, que provocó la famosa reunión de la Asamblea Constituyente en la noche del 4 de agosto,

en la que se abolieron los derechos feudales. Pero hay que constatar que a partir de finales de 1789, las masas parisinas no intervinieron casi en el desarrollo de la revolución; por supuesto, intervienen en la política cotidiana, pero no en los acontecimientos clave, no en movimientos de envergadura, hasta el 10 de agosto de 1792. Es decir, durante el primer año de la revolución hay intervenciones decisivas tanto de las masas urbanas como campesinas; pero en 1790, en 1791 y hasta la primavera de 1792 son los campesinos quienes empujan la revolución hacia adelante e impiden su estabilización. Impiden la estabilización política, basada en la monarquía constitucional, e impiden la estabilización económica y social, basada en el rescate de los derechos feudales.

T. de H.—*¿Cuáles fueron los motivos de estos movimientos campesinos, y en qué medida repercutieron en el desarrollo del proceso revolucionario?*

A. S.—Todavía no se ha escrito la historia de esta revolución campesina: hay una breve síntesis en un curso de la Sorbona de Aulard; hay también páginas interesantes sobre el tema en la obra de Jaurès; hay estudios fundamentales de Lefebvre, en especial su monografía sobre los campesinos del departamento del Norte y varios artículos largos de síntesis; hay también una tesis de un profesor de la Universidad de Moscú, A. Ado, so-



Juicio de Marat, ante el Tribunal Revolucionario, el 24 de abril de 1792. (Paris, Gabinete de Estampas).

bre los movimientos campesinos hasta la derogación de los derechos feudales, no traducida aún al francés. Pero todavía está sin hacer la historia completa de las insurrecciones campesinas, de sus variaciones en las diversas regiones, de sus diversas motivaciones. Porque las motivaciones varían de unos movimientos a otros: hay las motivaciones antif feudales de la «Guerra contra los castillos»; hay las motivaciones ligadas a los bienes comunales, o a la carestía de los granos para los campesinos que no son productores de grano; hay las motivaciones salariales para los jornaleros... Es decir, el conjunto de motivaciones es extremadamente complejo, aunque la dominante sea la motivación antif feudal de la «Guerra contra los castillos», de la *jacquerie*. De todos estos movimientos, los más importantes son las enormes *jacqueries* de la primavera de 1792, todavía muy poco conocidas, en las que millares de campesinos marcharon en orden militar contra los mercados y los castillos, y que destruyeron finalmente el orden feudal antes de que las Asambleas revolucionarias sancionaran mediante la legislación esta destrucción. Y hay que constatar que la legislación antif feudal adoptada por las Asambleas revolucionarias, tanto por la Constituyente como por la Legislativa, e incluso por la Convención, siguieron siempre a las revueltas, y

no las han precedido nunca; fue la acción de las masas campesinas la que consiguió la abolición total y definitiva del régimen feudal.

En conjunto, la acción campesina es fundamental en los años 1790, 1791, y hasta el verano de 1792. Pero ya en la primavera de este último año hay un encabalgamiento entre estas grandes revueltas campesinas y el relanzamiento del movimiento urbano.

LAS LUCHAS URBANAS

T. de H.—*¿Cómo y por qué se produjo este relanzamiento?*

A. S.—El relanzamiento se debió a dos factores: el factor nacional y el factor económico. Se había declarado la guerra el 20 de abril de 1792, se habían producido las primeras derrotas y la invasión del territorio francés, y esto dio lugar a un sobresalto patriótico. Pero en este terreno quiero insistir sobre todo en una idea que no se ha desarrollado nunca. Se habla siempre de «guerra de la Revolución»; pero se olvida que la guerra de la Revolución fue una guerra revolucionaria, es decir, que tuvo un contenido revolucionario, que defendió objetivos políticos y sociales. Si se produjo un sobresalto patriótico, nacional, entre las masas francesas, y en particular parisinas, en la primavera y el verano



María Antonieta ante el Tribunal Revolucionario. (París, Biblioteca Nacional).

de 1792, fue porque la guerra tenía para ellas un contenido político muy preciso: la victoria de la coalición contra la Francia revolucionaria significaba la vuelta al Antiguo Régimen. Este carácter político y social de la guerra, que explica el sobresalto popular patriótico, está constatado en dos episodios: cuando en 1793 los austriacos se adueñaron de Valenciennes, establecieron allí una Junta, compuesta por nobles emigrados bajo el control del Estado Mayor austriaco, y esta Junta se apresuró a abolir la venta de bienes nacionales, y a continuación estableció de nuevo los derechos feudales; es decir, restableció el Antiguo Régimen. Por otro lado, en la zona del oeste, y en particular en La Vendée, dominada por el ejército católico y real, tras la sublevación vendéana, el Estado Mayor de este ejército restableció igualmente los derechos feudales y las formas de dominación del Antiguo Régimen.

Junto al sobresalto patriótico, motivado por estas causas, en la primavera de 1792 la crisis económica, la agravación de las condiciones de existencia, la carestía, el hambre, influyeron en el relanzamiento de la agitación de las masas urbanas. Es el momento en que comienzan las prédicas igualitarias, por ejemplo de los «enragés». Bajo esta doble influencia se produce el relanzamiento del movimiento popular, en particular en París, que culmina con el levantamiento parisino del 10 de agosto de 1792, que acabará con el derrocamiento del monarca. A partir de este momento, el elemento esencial que empuja la revolución no son las masas campesinas, sino las masas urbanas.

T. de H.—*El retraimiento de los campesinos de las luchas sociales a partir de 1792, ¿se debió a que ya consideraban resueltos sus problemas con la abolición del régimen feudal?*

A. S.—En cuanto a los campesinos, no se puede decir que se encuentren ya satisfechos en sus reivindicaciones, porque esto es demasiado simplista; pero es cierto que como secuencia de sus agitaciones, la Asamblea Legislativa adoptó una ley en junio de 1792, completada por otra ley a fines de agosto del mismo año, por las que se abolían los derechos feudales a no ser que el señor pudiera mostrar el título de enfeudación primitivo. En muchos casos este título no existía, o había desaparecido como consecuencia de las quemaduras de castillos, por lo que se puede decir que a partir del verano del 92 los derechos feudales desaparecieron en la práctica. Finalmente fueron abolidos por completo por la ley de 17 de junio de 1793, aprobada por la

Convención bajo el dominio de la Montaña. En este momento los campesinos habían obtenido importantes satisfacciones; incluso una parte de los campesinos pudieron comprar tierras, o ampliar sus propiedades si ya eran propietarios, por lo que se produjo una disociación de los campesinos de los movimientos populares. Muchos campesinos propietarios pasaron a defender posiciones de orden, y se limitaron a defender las propiedades que habían adquirido; y la masa de campesinos, los campesinos sin tierra, siguieron manteniendo un combate en condiciones difíciles, un combate de retaguardia, hasta las grandes revueltas campesinas de 1848-49. Por consiguiente, a partir del verano de 1792 se puede decir que las masas campesinas ya no intervienen, a no ser el sector que mantiene un combate de retaguardia, en el proceso revolucionario.

T. de H.—*El papel protagonista de las masas urbanas en 1792-94, que fue precisamente el tema de su tesis doctoral, plantea otro de los problemas más interesantes para el estudio de la Revolución: el de la naturaleza social de estas masas. En torno a él, la interpretación de Soboul se opone sustancialmente a la que había mantenido años antes Daniel Guérin. ¿Podría explicarnos las diferencias existentes entre ambos análisis?*

A. S.—La posición de Daniel Guérin se reflejó en su obra **La lutte de classes dans la Première République. Bourgeois et bras nus**, publicada en 1946. Antes de nada, quiero llamar la atención sobre el carácter vago de esta expresión de «brazos desnudos», que traduce la situación de los trabajadores, pero que fue empleada en muy raras ocasiones en la época. Aparece algunas veces en los textos de Babeuf, pero la expresión habitual en la época es la de «sans-culottes». Como sabéis, mi posición ante la obra de Guérin es clara: Quiero subrayar, ante todo, el mérito del trabajo de Guérin, que volvió a poner en cuestión un cierto número de problemas, y obligó a los historiadores universitarios a precisar más sus análisis. Pero Daniel Guérin, que no es un historiador profesional sino un publicista, y que en aquella época era trotskista —aunque luego ha evolucionado hacia las posiciones del comunismo libertario—, aplicó a la Revolución Francesa la teoría de la «revolución permanente», según la cual en el interior de cada revolución se encuentra ya el embrión de la revolución futura. De acuerdo con ello, en la Revolución Francesa, que era una revolución burguesa, la **sans-culotterie** representaba la



Saint Just. (Dibujo por C. Guérin).

vanguardia proletaria de la revolución socialista. En mi opinión, se trata de un error fundamental de perspectiva, porque los **sans-culottes** no representaban una vanguardia proletaria, sino una retaguardia artesanal, de pequeños tenderos y artesanos, ligada a las antiguas estructuras sociales y económicas. Aunque en París existía, al final del Antiguo Régimen, un pequeño sector de concentración capitalista, en especial en el textil, era extremadamente reducido, y hay que esperar al Primer Imperio para que se produzca la primera fase del proceso de industrialización capitalista en Francia.

Pese a este error de perspectiva, Guérin puso el acento sobre un problema capital: la oposición entre el comportamiento político de las masas populares y las tendencias profundas de la burguesía revolucionaria, incluso jacobina. Es decir, el antagonismo entre la práctica popular de la democracia directa, por un lado, y la práctica de la democracia representativa, tal como la entendían los jacobinos y los seguidores de Robespierre.

JACOBINOS Y SANS-CULOTTES

T. de H.—¿Cuáles eran las diferencias sociales entre estos dos sectores, **sans-culottes** y jaco-

binos, que tuvieron un papel fundamental en 1793-94?

A. S.—La **sans-culotterie** representaba a las masas populares, aunque hay que precisar que esas masas no eran homogéneas, sino que existían múltiples matices diferenciales, desde lo que se llamaba el **bas-peuple**, el **menu-peuple**, el **petit-peuple**, hasta las capas superiores de tenderos y artesanos, desde las que se pasaba de forma insensible a la pequeña y la mediana burguesía. No había, por tanto, homogeneidad, e incluso existían contradicciones en el interior de la **sans-culotterie**: la contradicción, por ejemplo, entre el artesano propietario de su pequeño tenducho, que vivía del beneficio, aunque este beneficio fuera limitado, y los oficiales y **compagnons** que empleaba, que vivían del salario. De todas formas, artesanos y **compagnons** estaban unidos en su hostilidad a la concentración, a los grandes propietarios, a los ricos, etc.; estaban unidos por sus condiciones de vida, que eran aproximadamente las mismas, o por sus convicciones ideológicas, por el apego a la propiedad basada en el trabajo, etc.; lo cual no fue obstáculo para que en algunas ocasiones se enfrentaran, ya que unos vivían del beneficio y los otros del salario.

Por su parte, los jacobinos eran esencialmente gente de la pequeña y media burguesía. Se trata de una categoría social rota y contradictoria; por una parte, en ciertos aspectos, se encontraban ligados a las capas superiores de la **sans-culotterie**, precisamente a través de los grupos de artesanos y tenderos, mientras por otro lado, a través de las profesiones liberales, estaban unidos a la burguesía en sentido estricto, incluso a un nivel relativamente elevado. De nuevo no nos encontramos con una categoría realmente homogénea. Creo que si tratamos de definir al jacobinismo de una manera rigurosa, se caracteriza más por una práctica política que por la pertenencia a una clase social.

T. de H.—¿En qué se basó la alianza inicial entre ambos sectores, y su alejamiento e incluso enfrentamiento posterior?

A. S.—Entre unos y otros, entre jacobinos y **sans-culottes**, había evidentemente unidad en algunos campos: en su común hostilidad al feudalismo, a la aristocracia, al Antiguo Régimen; en la hostilidad de ambos frente al exceso de riquezas, reflejado perfectamente en el pensamiento de Robespierre, y por su-



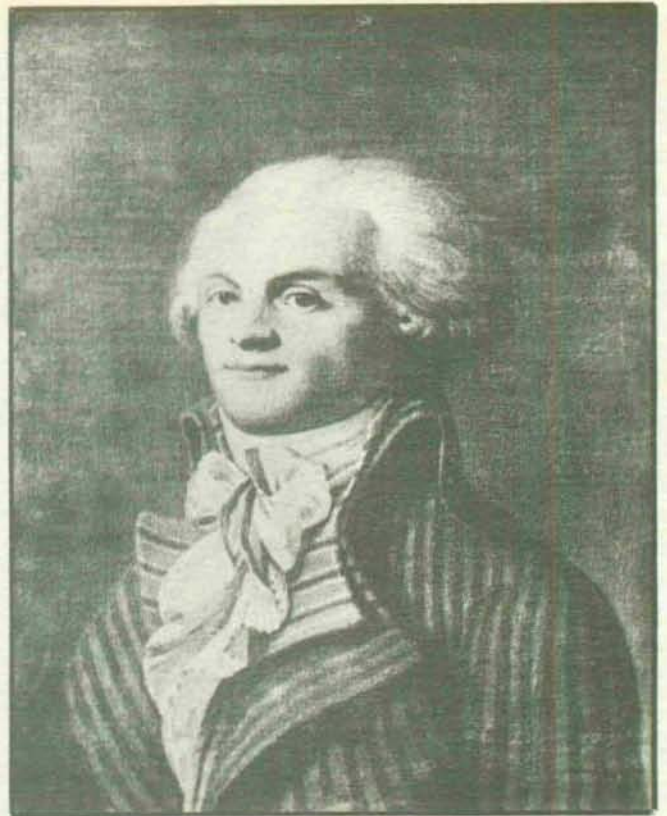
Marie Antoinette.

Calque d'un croquis fait sur la rue par
David le peintre au moment où passait
la charrette.

puesto en el pensamiento de Rousseau, del que todos se nutrieron. De todas formas, cuando los conflictos se precisaron, cuando unos y otros se encontraron frente a frente, y era necesario tomar posiciones, éstas se aclararon. Se podría decir que la alianza funcionó en plan negativo, contra el adversario —la monarquía, la aristocracia, los girondinos—, pero que no funcionó en plan positivo, porque entonces los ideales diferían. Se produjo así el antagonismo entre la democracia directa, defendida por los **sans-culottes**, y la democracia representativa, a la que en definitiva apoyaban los jacobinos.

T. de H.—*Al parecer, las diferencias fundamentales se referían a la actitud de unos y otros ante los problemas económicos...*

A. S.—En el terreno económico, el conflicto se produjo entre la reglamentación, la tasación, es decir, todo lo que podía salvaguardar las fórmulas antiguas en las que estaban integrados los tenderos o los artesanos, que les protegían en cierta medida (la tasación permitía la obtención de pan a precio reducido), frente a la libertad económica, es decir, la libertad de empresa, la libertad de trabajo, la libertad de beneficio. Si Robespierre y los jacobinos se decidieron finalmente por la tasación y la reglamentación, y las aceptaron en la ley de 29 de septiembre de 1793, fue por obligación y a disgusto, precisamente para conseguir la alianza con las masas populares. Pero en sus convicciones íntimas, los jacobinos no eran partidarios de una dirección autoritaria de la economía; la prueba está en que cuando el gobierno se consideró estabilizado, tras la eliminación



Maximiliano de Robespierre. (Escuela Francesa de finales del siglo XVIII).

de las fracciones, con la caída de los dantonistas y los hebertistas en la primavera de 1794, el Comité de Salud Pública comenzó a disminuir el control sobre la vida económica. En especial, el comercio exterior, que había sido nacionalizado y entregado a los agentes nacionales al final del verano y en el otoño de 1793, fue devuelto a las empresas privadas, y poco a poco fueron perdiendo virulencia los ataques contra el gran comercio en París. Es muy conocida la evolución que se dibuja en la primavera de 1794, bajo la égida de un gobierno jacobino, en favor de una vuelta a la libertad económica. Y hay que constatar que tras el golpe de Termidor, cuando se abandonó el Terror y desapareció la fuerza coactiva para imponer la tasación y la reglamentación, todo el sistema se hundió; y los clubs de jacobinos, que, pese a todo, pervivieron hasta el otoño de 1794, no defendieron en ningún momento la economía dirigida. Por todo ello se puede decir que la reglamentación sólo fue aceptada por los jacobinos como consecuencia de la presión popular, unida a las necesidades de la guerra, a la necesidad de armar y alimentar al ejército de la República, necesidad que obligaba al gobierno a acudir a la requisición, la tasación y a todos los procedimientos autoritarios.

Creo que aquí se encuentra el punto central



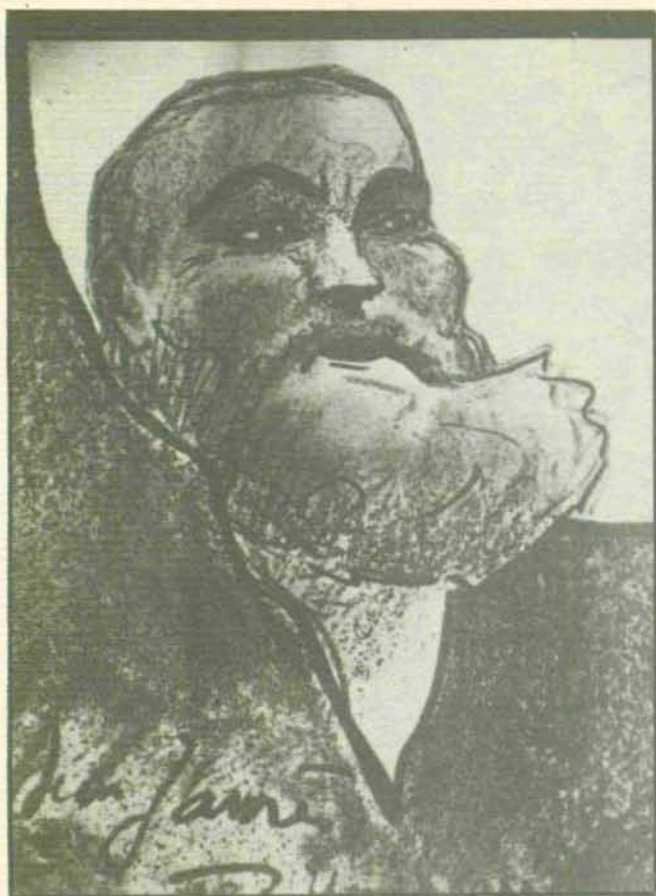
Danton conducido al patíbulo. Dibujo de Wille. (París, Museo Carnavalet).



Una caricatura de Michelet, de André Gill. (Paris, Biblioteca Nacional).

del antagonismo entre el jacobinismo y la **sans-culotterie**. Me parece que el jacobinismo se encontraba sumido en contradicciones de las que no pudo librarse. Cuando

estaba en la oposición, y necesitaba el apoyo popular para enfrentarse con los girondinos, hacía concesiones a las peticiones de democracia directa de las masas populares, como



Jean Jaurès, de E. Kapp (1913). París. Castillo de Vincennes, Museo de la Guerra.

lo demuestran los primeros discursos de Robespierre; pero al llegar al poder volvió al sistema de democracia representativa, defendida por Robespierre en sus discursos de la primavera de 1794. Y lo mismo ocurrió en relación con la economía dirigida, de la que ya hemos hablado.

T. de H.—*Teniendo en cuenta estos datos, ¿cuál es su juicio final sobre el jacobinismo?*

A. S.—Creo que el jacobinismo se puede definir como una práctica política, caracterizada por un gran realismo político, por un claro sentido de las necesidades nacionales, por una visión muy clara de la necesidad de una alianza revolucionaria con las masas populares; pero que finalmente se encontró minado en su interior por sus propias contradicciones.

BABEUF Y LOS IGUALES

T. de H.—*Con la reacción de Termidor las masas populares perdieron parte de sus conquistas anteriores y se vieron sometidas a una dura represión, que hizo difícil la continuación de sus movimientos. De todas formas, la agitación popular no desapareció, e incluso*

buscó formas nuevas, como la «Conspiración de los Iguales», organizada y dirigida por Babeuf, que pese a su fracaso ha pasado a la historia como un momento clave del período revolucionario. ¿Por qué se ha otorgado tanta importancia a este movimiento, y en especial a su principal promotor?

A. S.—A mi juicio, la grandeza de Babeuf se encuentra en que fue un teórico revolucionario, pero un teórico cuya teoría fue surgiendo a partir de las experiencias revolucionarias vividas por él. Es decir, para comprender el pensamiento de Babeuf es necesario reconstruir su recorrido ideológico en función de su existencia y de las experiencias vividas por él desde antes de la revolución. Babeuf vivió la experiencia del movimiento popular, la experiencia de la dictadura jacobina y la experiencia de la reacción de Termidor. Conoció las últimas insurrecciones populares de Germinal y Pradial del año III, unas insurrecciones que se produjeron sin estar encuadradas por los jacobinos, lo que las diferenció mucho de la insurrección del 10 de agosto de 1792, o de la insurrección del 31 de mayo de 1793, encuadradas por elementos de un nivel político y social diferente a las masas populares, sobre todo jacobinos. A la luz de lo que antes mencionábamos, del abandono de la economía dirigida y la miseria popular del año III —del invierno de 1794-95—, Babeuf, a pesar de sus críticas anteriores de la dictadura jacobina (había sido violentamente anti-robepierrista, y había reaccionado duramente contra el Terror y la represión jacobina de las tendencias populares a una democracia directa), revalorizó el sistema del año II, y sobre todo el sistema de dirección económica. Su argumentación era la siguiente: un sistema de economía dirigida que había permitido equipar y alimentar el Ejército de la República, un ejército de más de un millón de hombres, podía extenderse también al conjunto del país; lo que se había hecho en pequeño podía hacerse también en grande. De aquí procedió su apoyo posterior a este sistema de economía controlada y dirigida.

Si se examinan los fundamentos ideológicos del pensamiento de Babeuf, su punto de partida era la crítica a la propiedad privada. Este era un tema bastante común al final del Antiguo Régimen y en los primeros años de la revolución. Reflexionando sobre él, Babeuf llegó, en un primer estadio de su evolución ideológica, a legitimar lo que en aquella época se llamaba la «Loi agraire», es decir, el

reparto equitativo de la propiedad. En el verano de 1791, en vísperas de las elecciones para la Asamblea Legislativa, Babeuf escribió varias cartas a un futuro diputado, en las que defendía esta «ley agraria». Pero más

tarde, bajo la experiencia del sistema de economía dirigida del año II, comenzó una crítica del reparto igual de propiedades: en un texto del año III, Babeuf decía que «la ley agraria no podía durar más que un día; al día



El asesinato de Jaurès en una imagen popular. (Castres, Museo Jaurès).

ÉPOQUES MÉMORABLES DE LA RÉVOLUTION FRANÇAISE.



Serment du Jeu de Paume.
(20 juin 1789.)



Prise de la Bastille.
(14 juillet 1789.)



Fête de la Fédération au Champ de Mars.
(20 juillet 1790.)



Proclamation de la République Française.
(1793.)



Siege de Toulon contre les anglais.
(1793.)



Bonaparte présentant le Conventuel.
(1793.)



Bataille des Pyrénées.
(21 juillet 1793.)



Capture about le Concord des Cinq cents et établit le Comité.
(18 septembre - 9 novembre 1793.)



Passage de St. Nizac.
(1793.)



Sarras de Napoléon et de Josephine.
(2 novembre 1793.)



Retour de l'île d'Olé.
(1793.)



Les Adieux de Fontenoy.
(1793.)

Épocas memorables de la Revolución Francesa. Imagen popular publicada por Pellerin en Epinal en 1847. (Paris, Biblioteca Nacional. Gabinete de Estampas).

siguiente se reproduciría la desigualdad». Es decir, si se reparte la propiedad en lotes exactamente iguales, resulta que unos trabajan más que otros, unos se reproducen y otros no, algunos desaparecen mientras otros permanecen, etc., con lo cual resurgirá de nuevo la competencia, y finalmente la concentración de la propiedad en manos de unos pocos. A partir de esta crítica de la utopía de la «loi agraire», Babeuf desarrolló su concepción de la comunidad de bienes y de trabajos, precisada en el «Manifiesto de los Plebeyos» que publicó en el otoño de 1795 en su periódico **Le Tribun du Peuple**.

T. de H.—*Usted ha escrito en varias ocasiones que con Babeuf comienza una nueva época en el pensamiento y la lucha social. ¿En qué se basa esta afirmación? ¿Cuáles fueron las novedades de la doctrina babeuvista, respecto a sus precursores jacobinos y sans-culottes?*

A. S.—Lo que determina la originalidad de Babeuf es haber sido el primero que superó la contradicción en que se habían visto envueltos jacobinos y **sans-culottes** en relación con el derecho de propiedad. Como antes he dicho, unos y otros, jacobinos y **sans-culottes**, estaban de acuerdo en su hostilidad a la propiedad basada en el beneficio y en su defensa de una propiedad basada en el trabajo. Por ello querían mantener la propiedad dentro de límites estrechos: de aquí la legislación de los jacobinos, por ejemplo la ley sobre el reparto igual de la herencia, incluso en favor de los hijos ilegítimos, lo que traía consigo la investigación de la paternidad de forma retroactiva hasta 1789 (una ley enormemente atrevida para la época, que fue abolida por la reacción de Termidor); y también otra serie de leyes sobre el reparto de bienes nacionales en pequeñas parcelas, accesibles a todos, los préstamos a los voluntarios para la compra de bienes nacionales, y toda la legislación social de la Montaña destinada a multiplicar el número de pequeños propietarios. Pero existía una contradicción entre esta legislación y el mantenimiento de la libertad económica, del libre juego de las fuerzas económicas, que permitía la reconstrucción de las grandes propiedades, lo que obligaría a nuevas intervenciones del Estado, y así constantemente. Se ha dicho que, en esta situación, el legislador sería un nuevo Sísifo, dedicado a empujar continuamente su roca hasta la cumbre de la montaña, tras lo cual la roca caería de nuevo y Sísifo tendría que volver a empezar indefinidamente su trabajo.

En el fondo, jacobinos y **sans-culottes** estaban de acuerdo en la función que Rousseau había atribuido al Estado en unos párrafos famosos del **Contrato Social**: «Respecto a la igualdad, no hay que entender por esta palabra que los grados de poder y de riqueza sean absolutamente los mismos, sino que, en cuanto al poder, que esté por debajo de toda violencia y no se ejerza nunca sino en virtud del rango y de las leyes, y en cuanto a la riqueza, que ningún ciudadano sea lo bastante opulento para poder comprar a otro, y ninguno lo bastante pobre para ser constreñido a venderse». «¿Queréis dar al Estado consistencia? Acercad los grados extremos cuanto sea posible; no permitáis ni gentes opulentas ni pordioseros (...). Precisamente porque la fuerza de las cosas tiende siempre a destruir la igualdad es por lo que la fuerza de la legislación debe tender siempre a mantenerla». La «fuerza de las cosas» de que habla Rousseau corresponde evidentemente a las leyes económicas, es el resultado de una situación en la que la propiedad privada está limitada, pero donde, a pesar de todo, se mantiene la libertad económica, con todas sus consecuencias; por ello el legislador debe intervenir constantemente, y de aquí la comparación con Sísifo. Precisamente para romper esta contradicción, Babeuf defendió la comunidad de bienes y de trabajos, y aquí está su principal originalidad.

T. de H.—*Aparte de estas novedades en el terreno económico, ¿cuáles fueron las aportaciones originales de Babeuf en el campo de la estrategia política?*

A. S.—Al examinar las teorías políticas de Babeuf, conviene precisar que no sabemos si son las ideas precisas de Babeuf o las de Buonarrotti, que publicó en 1828, cuando estaba exilado en Bruselas, el libro sobre **La Conspiración de los Iguales**. Es difícil definir la paternidad estricta. De todas formas, hay cosas enormemente interesantes en el texto de Buonarrotti de 1828: tras el fracaso de las insurrecciones populares, Babeuf —o Buonarrotti— manifestó con toda claridad la idea de la necesidad de una etapa intermedia, durante la cual se pondrían en funcionamiento las nuevas instituciones, por lo que sólo tras esta etapa intermedia se entregaría la decisión al pueblo. Los textos son totalmente claros en este punto. Y precisamente a partir de ellos esta idea pasó a los escritos de Marx, y al Lenin de **El Estado y la Revolución**. ■ M. R. - M. P. L.